



Hans Christian Andersen

La Reina de las Nieves

E LEJANDRIA



Hans Christian Andersen

La Reina de las Nieves



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA REINA DE LAS NIEVES

HANS CHRISTIAN ANDERSEN

**PUBLICADO: 1844
FUENTE: [HTTPS://DA.WIKISOURCE.ORG](https://da.wikisource.org)
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

LA REINA DE LAS NIEVES

UN CUENTO EN SIETE HISTORIAS

PRIMERA HISTORIA: QUE TRATA DEL ESPEJO Y DE LOS FRAGMENTOS.

¡Pues bien! Comencemos. Cuando lleguemos al final de la historia, sabremos más de lo que sabemos ahora, ¡pues se trataba de un trol malvado! Era uno de los peores, ¡era el mismísimo "Diablo"! Un día estaba de un humor excelente, pues había fabricado un espejo que tenía la propiedad de que todo lo bueno y lo bello que en él se reflejaba se encogía hasta casi desaparecer, pero lo que no servía para nada y tenía mal aspecto, resaltaba y se veía aún peor. Los paisajes más hermosos parecían en él espinacas cocidas, y las mejores personas se volvían repugnantes o se ponían cabeza abajo, sin vientre; los rostros se desfiguraban tanto que eran irreconocibles, y si uno tenía una peca, podía estar seguro de que se le extendería por la nariz y la boca. "¡Esto es la mar de divertido!", decía el Diablo.

Si un pensamiento bueno y piadoso atravesaba la mente de una persona, una mueca aparecía en el espejo, y el trol diabólico no podía sino reírse de su ingenioso invento. Todos los que asistían a la escuela de troles —porque tenía una escuela de troles— contaban por todas partes que había ocurrido un milagro; solo ahora, opinaban, se podía ver cómo eran realmente el mundo y los seres humanos. Corrían de un lado a otro con el espejo, y al final no hubo país ni persona que no hubiera sido deformado en él. Ahora querían también volar hasta el cielo para burlarse de los ángeles y de "nuestro Señor". Cuanto más alto volaban con el espejo, más fuerte era la mueca que este mostraba; apenas podían sostenerlo. Volaron más y más alto, acercándose a Dios y a los ángeles; entonces, el espejo tembló tan terriblemente en su mueca que se les escapó de las manos y se precipitó hacia la Tierra, donde se hizo cien millones, billones y aún más pedazos. Y fue entonces cuando causó una desgracia mucho mayor que antes, pues algunos fragmentos eran apenas del tamaño de un grano de arena, y estos volaron por el ancho mundo, y dondequiera que se metían en los ojos de la gente, allí se quedaban, y entonces esas personas lo veían todo al revés, o solo tenían ojos para lo que estaba mal en cada cosa, pues cada pequeño trocito de espejo había conservado los mismos poderes que el espejo entero. A algunas personas incluso se les metió un pequeño fragmento de espejo en el corazón, y entonces ocurría algo espantoso: ese corazón se convertía en un trozo de hielo. Algunos fragmentos de espejo eran tan grandes que se usaron como cristales de ventana, pero a través de esa ventana no valía la pena mirar a los amigos; otros trozos se pusieron en gafas, y las cosas iban mal cuando la gente se las ponía para ver con claridad y ser justa. El Maligno reía hasta que le estallaba el vientre, y eso le hacía unas cosquillas deliciosas. Pero afuera, pequeños fragmentos de cristal seguían flotando en el aire. ¡Ahora vamos a escuchar!

FIN

SEGUNDA HISTORIA: UN NIÑO Y UNA NIÑA.

En la gran ciudad, donde hay tantas casas y gente que no queda sitio para que todos tengan un jardincito, y donde, por tanto, la mayoría debe conformarse con flores en macetas, vivían, sin embargo, dos niños pobres que tenían un jardín un poco más grande que una maceta. No eran hermano y hermana, pero se querían tanto como si lo fueran. Sus padres vivían uno al lado del otro, en dos buhardillas; allí donde el tejado de una casa vecina se juntaba con el de la otra y el canalón corría a lo largo de los aleros, se abría una ventanita desde cada casa. Bastaba con pasar por encima del canalón para ir de una ventana a la otra.

Los padres tenían fuera una gran caja de madera cada uno, y en ellas crecían hortalizas que usaban, y un pequeño rosal; había uno en cada caja, y crecía espléndidamente. Entonces a los padres se les ocurrió colocar las cajas de través sobre el canalón, de modo que casi llegaban de una ventana a la otra y parecían dos murallas de flores. Los sarmientos de los guisantes colgaban sobre las cajas, y los rosales echaban largas ramas, se enroscaban alrededor de las ventanas y se inclinaban el uno hacia el otro: era casi como un arco de triunfo de verdor y flores. Como las cajas eran muy altas y los niños sabían que no debían subirse, a menudo se les permitía salir a encontrarse, sentarse en sus pequeños taburetes bajo las rosas, y allí jugaban magníficamente.

En invierno, por supuesto, ese placer se acababa. Las ventanas a menudo estaban completamente heladas, pero entonces calentaban monedas de cobre en la estufa, ponían la moneda caliente sobre el cristal helado, y se formaba un precioso agujerito para mirar, muy redondo; detrás asomaba un ojo bendito y dulce, uno desde cada

ventana; eran el niño y la niña. Él se llamaba Kay y ella, Gerda. En verano podían llegar el uno al otro de un solo salto; en invierno tenían que bajar primero muchas escaleras y subir otras tantas; fuera, la nieve revoloteaba.

—Son las abejas blancas que pululan —decía la anciana abuela.

—¿Tienen también una abeja reina? —preguntó el niño, pues sabía que entre las abejas de verdad hay una.

—¡Claro que la tienen! —dijo la abuela—. Vuela allí donde pululan más densamente. Es la más grande de todas, y nunca se queda quieta en la tierra, vuelve a volar hacia la nube negra. Muchas noches de invierno vuela por las calles de la ciudad y mira por las ventanas, y entonces estas se congelan de una forma extraña, como si tuvieran flores.

—¡Sí, lo he visto! —dijeron ambos niños, y supieron que era verdad.

—¿Puede entrar la Reina de las Nieves? —preguntó la niña.

—Que venga si quiere —dijo el niño—, la pondré sobre la estufa caliente y se derretirá.

Pero la abuela le acarició el pelo y contó otras historias.

Por la noche, cuando el pequeño Kay estaba en casa y medio desvestido, se subió a la silla junto a la ventana y miró por el agujerito; unos copos de nieve caían afuera, y uno de ellos, el más grande de todos, se posó en el borde de una de las jardineras. El copo de nieve creció más y más, hasta convertirse finalmente en una mujer entera, vestida con el más fino tul blanco, que parecía compuesto por millones de copos estrellados. Era tan hermosa y fina, pero de hielo, de un hielo deslumbrante y centelleante; sin embargo, estaba viva; sus ojos brillaban como dos estrellas claras, pero no había en ellos paz ni descanso. Hizo un gesto con la cabeza hacia la ventana y saludó con la mano. El niño se asustó y saltó de la silla; en ese momento fue como si un gran pájaro pasara volando por delante de la ventana.

Al día siguiente hubo una helada clara, y luego llegó la primavera, el sol brilló, el verde brotó, las golondrinas construyeron sus nidos, se abrieron las ventanas y los niños pequeños se sentaron de nuevo en su jardincito, en lo alto del canalón, por encima de todos los pisos.

Las rosas florecieron aquel verano de una manera incomparable; la niña había aprendido un salmo en el que se hablaba de rosas, y al pensar en las rosas pensó en las suyas; y se lo cantó al niño, y él lo cantó con ella:

«Las rosas crecen en los valles,
allí con el Niño Jesús conversamos.»

Y los pequeños se cogieron de las manos, besaron las rosas y miraron la clara luz del sol de Dios y le hablaron como si el Niño Jesús estuviera allí. ¡Qué hermosos días de verano, qué bendición estar fuera, junto a los frescos rosales que parecían no querer dejar de florecer nunca!

Kay y Gerda estaban sentados mirando un libro de ilustraciones con animales y pájaros, cuando de repente —el reloj de la gran torre de la iglesia daba exactamente las cinco— Kay dijo:

—¡Ay! ¡Me ha pinchado en el corazón! ¡Y ahora se me ha metido algo en el ojo!

La niña le rodeó el cuello con los brazos; él parpadeaba; no, no se veía nada.

—Creo que ya no está —dijo él; pero no se había ido. Era precisamente uno de esos granos de cristal que saltaron del espejo, el espejo del trol, bien lo recordamos, ese horrible cristal que hacía que todo lo grande y bueno que se reflejaba en él se volviera pequeño y feo, pero lo malo y perverso resaltaba claramente, y cada defecto de una cosa se notaba al instante. El pobre Kay también había recibido un grano justo en el corazón. Pronto se convertiría en un trozo de hielo. Ya no le dolía, pero estaba allí.

—¿Por qué lloras? —preguntó él—. ¡Te pones muy fea! ¡A mí no me pasa nada! ¡Puaj! —gritó de repente—: ¡Esa rosa de ahí está carcomida por un gusano! ¡Y mira, esa otra está completamente torcida! ¡En el fondo son unas rosas asquerosas! ¡Se parecen a las cajas en las que están! —y entonces dio una fuerte patada a la caja y arrancó las dos rosas.

—¡Kay, qué haces! —gritó la niña; y cuando él vio el susto de ella, arrancó otra rosa más y corrió hacia su ventana, lejos de la bendita pequeña Gerda.

Cuando ella venía después con el libro de ilustraciones, él decía que era para bebés, y si contaba historias a la abuela, siempre encontraba un "pero"; si podía, se ponía detrás de ella, se ponía unas gafas y hablaba igual que ella; lo hacía a la perfección, y la gente se reía de él. Pronto aprendió a hablar y a caminar como toda la gente de la calle. Todo lo que había de peculiar y poco agraciado en ellos, Kay sabía imitarlo, y la gente decía: "¡Qué cabeza tan extraordinaria tiene ese chico!". Pero era el cristal que se le había metido en el ojo, el cristal que tenía en el corazón, por eso se burlaba hasta de la pequeña Gerda, que lo quería con toda su alma.

Sus juegos se volvieron muy diferentes de antes, eran muy sesudos. Un día de invierno, mientras los copos de nieve revoloteaban, llegó con una gran lupa, extendió el faldón azul de su abrigo y dejó que los copos cayeran sobre él.

—¡Mira en la lupa, Gerda! —dijo él, y cada copo de nieve se hizo mucho más grande y parecía una flor magnífica o una estrella de diez puntas; era precioso de ver.

—¡Ves qué ingenioso! —dijo Kay—. ¡Es mucho más interesante que las flores de verdad! Y no tienen ni un solo defecto, son absolutamente perfectos, ¡siempre y cuando no se derritan!

Poco después, Kay apareció con grandes guantes y su trineo a la espalda, y le gritó a Gerda justo en los oídos:

—¡Me han dado permiso para ir a la plaza grande, donde juegan los otros! —y se marchó.

Allí, en la plaza, los chicos más atrevidos solían atar sus trineos al carro de un campesino y así recorrían un buen trecho. Era muy divertido. Mientras jugaban en su mejor momento, apareció un gran trineo; estaba pintado completamente de blanco, y en él iba sentada una persona, envuelta en una pelliza blanca y con un gorro de piel blanco. El trineo dio dos vueltas a la plaza, y Kay ató rápidamente su pequeño trineo a él, y se puso en marcha. Iba cada vez más rápido, adentrándose en la siguiente calle; quien conducía giró la cabeza y saludó amablemente a Kay, como si se conocieran. Cada vez que Kay quería soltar su pequeño trineo, la persona volvía a saludarle con la cabeza, y Kay se quedaba sentado. Salieron directamente por la puerta de la ciudad. Entonces la nieve comenzó a caer con tal fuerza que el niño no podía ver ni a un palmo de distancia, pero seguía avanzando. Soltó rápidamente la cuerda para liberarse del gran trineo, pero no sirvió de nada, su pequeño vehículo seguía enganchado y avanzaba a la velocidad del viento. Gritó con todas sus fuerzas, pero nadie lo oyó; la nieve revoloteaba y el trineo volaba. De vez en cuando daba un salto, como si estuviera pasando por encima de zanjas y cercas. Estaba aterrorizado, quiso rezar el Padrenuestro, pero solo podía recordar la tabla de multiplicar.

Los copos de nieve se hacían cada vez más grandes, hasta que al final parecían grandes gallinas blancas. De repente, se apartaron a un lado, el gran trineo se detuvo, y la persona que lo conducía se levantó. El abrigo y el gorro eran de pura nieve; era una dama, alta y esbelta, de un blanco resplandeciente: era la Reina de las Nieves.

—¡Hemos llegado sin problemas! —dijo ella—. ¡Pero qué frío hace! ¡Métete en mi abrigo de oso! —y lo sentó en el trineo a su lado, lo envolvió en el abrigo; era como si se hundiera en un montón de nieve.

—¿Sigues teniendo frío? —preguntó ella, y lo besó en la frente. ¡Uh! Era más frío que el hielo, le llegó directo al corazón, que ya era medio trozo de hielo. Fue como si fuera a morir; pero solo por un instante, luego le sentó bien; ya no sentía el frío a su alrededor.

—¡Mi trineo! ¡No te olvides de mi trineo! —fue lo primero que recordó; y fue atado a una de las gallinas blancas, que voló detrás con el trineo a la espalda. La Reina de las Nieves besó a Kay una vez más, y entonces él olvidó a la pequeña Gerda, a la abuela y a todos en casa.

—¡No recibirás más besos! —dijo ella—, ¡porque entonces te mataría a besos!

Kay la miró, era tan hermosa; no podía imaginar un rostro más inteligente y encantador. Ahora no le parecía de hielo, como cuando estaba sentada fuera de la ventana y le hacía señas. A sus ojos, era perfecta; no sentía ningún miedo. Le contó que sabía cálculo mental, y con fracciones, las millas cuadradas de los países y "cuántos habitantes", y ella siempre sonreía. Entonces a él le pareció que lo que sabía no era suficiente, y miró hacia el vasto, vasto espacio aéreo, y ella voló con él, voló alto sobre la nube negra, y la tormenta silbaba y rugía, era como si cantara viejas baladas. Volaron sobre bosques y lagos, sobre mares y tierras; debajo soplaba el viento frío, los lobos aullaban, la nieve brillaba, sobre ella volaban los cuervos negros y graznantes, pero por encima brillaba la luna, tan grande y clara, y en ella Kay contempló la larga, larga noche de invierno; de día dormía a los pies de la Reina de las Nieves.

TERCERA HISTORIA: EL JARDÍN DE LA MUJER QUE SABÍA DE MAGIA.

Pero, ¿cómo estaba la pequeña Gerda cuando Kay ya no volvió? ¿Dónde podía estar? Nadie lo sabía, nadie podía dar razón de él. Los muchachos solo contaron que lo habían visto atar su pequeño trineo a uno grande y espléndido que se adentró en la calle y salió por la puerta de la ciudad. Nadie sabía dónde estaba, muchas lágrimas corrieron, la pequeña Gerda lloró profunda y largamente. Entonces dijeron que había muerto, que se había ahogado en el río que corría cerca de la ciudad. ¡Oh, fueron días de invierno realmente largos y oscuros!

Ahora llegaba la primavera con un sol más cálido.

—¡Kay ha muerto y se ha ido! —dijo la pequeña Gerda.

—¡No lo creo! —dijo la luz del sol.

—¡Ha muerto y se ha ido! —dijo ella a las golondrinas.

—¡No lo creo! —respondieron ellas, y al final la pequeña Gerda tampoco lo creyó.

—Me pondré mis zapatos rojos nuevos —dijo una mañana—, los que Kay nunca ha visto, y luego bajaré al río y le preguntaré.

Y era muy temprano; besó a la anciana abuela, que dormía, se puso los zapatos rojos y salió sola por la puerta hacia el río.

—¿Es verdad que te has llevado a mi pequeño compañero de juegos? ¡Te regalaré mis zapatos rojos si me lo devuelves!

Y le pareció que las olas asentían de una manera extraña; entonces se quitó los zapatos rojos, lo más querido que tenía, y los

arrojó ambos al río, pero cayeron cerca de la orilla, y las pequeñas olas los llevaron de vuelta a tierra, como si el río no quisiera tomar lo máspreciado que ella tenía, ya que no tenía al pequeño Kay. Pero ella creyó que no había lanzado los zapatos lo suficientemente lejos, así que se subió a una barca que estaba entre los juncos, fue hasta el extremo más alejado y arrojó los zapatos. Pero la barca no estaba atada y, con el movimiento que hizo, se deslizó desde la orilla. Se dio cuenta y se apresuró a volver, pero antes de que pudiera regresar, la barca ya estaba a más de una vara de distancia y ahora se deslizaba más rápido.

Entonces la pequeña Gerda se asustó mucho y se echó a llorar, pero nadie la oyó excepto los gorriones, y ellos no podían llevarla a tierra, pero volaban a lo largo de la orilla y cantaban como para consolarla: "¡Aquí estamos! ¡Aquí estamos!". La barca derivaba con la corriente; la pequeña Gerda estaba sentada muy quieta con los pies descalzos; sus zapatitos rojos flotaban detrás, pero no podían alcanzar la barca, que ganaba velocidad.

Las dos orillas eran hermosas, con flores preciosas, árboles viejos y laderas con ovejas y vacas, pero no se veía ni un alma.

"Quizás el río me lleve hasta el pequeño Kay", pensó Gerda, y se animó, se levantó y contempló durante muchas horas las hermosas orillas verdes. Luego llegó a un gran jardín de cerezos, donde había una casita con extrañas ventanas rojas y azules, techo de paja y, afuera, dos soldados de madera que hacían la guardia a los que pasaban navegando.

Gerda los llamó, creyendo que estaban vivos, pero por supuesto no respondieron; se acercó mucho a ellos, el río empujó la barca directamente hacia la orilla.

Gerda gritó aún más fuerte, y entonces salió de la casa una mujer muy, muy anciana, que se apoyaba en un bastón de gancho; llevaba un gran sombrero de sol, pintado con las flores más hermosas.

—¡Pobrecita niña! —dijo la anciana—. ¿Cómo has llegado a esta corriente tan grande y fuerte, arrastrada lejos en el vasto mundo? —

y entonces la anciana se metió en el agua, enganchó su bastón a la barca, la arrastró a tierra y sacó a la pequeña Gerda.

Y Gerda se alegró de estar en tierra firme, aunque un poco asustada por la extraña anciana.

—¡Ven y cuéntame quién eres y cómo has llegado hasta aquí! —dijo ella.

Y Gerda le contó todo; y la anciana sacudió la cabeza y dijo: "¡Hm! ¡Hm!". Y cuando Gerda le hubo contado todo y le preguntó si no había visto al pequeño Kay, la mujer dijo que él no había pasado por allí, pero que ya llegaría, que no debía estar triste, sino probar sus cerezas, ver sus flores, que eran más hermosas que cualquier libro de ilustraciones, y que cada una podía contar una historia entera. Entonces tomó a Gerda de la mano, entraron en la casita y la anciana cerró la puerta.

Las ventanas estaban muy altas y los cristales eran rojos, azules y amarillos; la luz del día brillaba de forma extraña en el interior con todos los colores, pero sobre la mesa estaban las cerezas más deliciosas, y Gerda comió tantas como quiso, porque se atrevió. Y mientras comía, la anciana le peinaba el cabello con un peine de oro, y el pelo se rizaba y brillaba con un hermoso color amarillo alrededor de su carita amable, que era tan redonda y parecía una rosa.

—Hacía mucho tiempo que deseaba tener una niña tan dulce —dijo la anciana—. ¡Ya verás qué bien nos llevamos las dos! —y mientras peinaba el cabello de la pequeña Gerda, Gerda olvidaba cada vez más a su hermano de juegos, Kay; porque la anciana sabía de magia, pero no era una bruja malvada, solo hacía un poco de magia para su propio placer, y ahora quería quedarse con la pequeña Gerda. Por eso salió al jardín, extendió su bastón de gancho hacia todos los rosales y, por muy hermosamente que florecieran, todos se hundieron en la tierra negra y no se podía ver dónde habían estado. La anciana temía que si Gerda veía las rosas, pensara en las suyas y entonces recordara al pequeño Kay y se escapara.

Ahora llevó a Gerda al jardín de flores. —¡Qué fragancia y qué belleza había allí! Todas las flores imaginables, para cada estación del año, estaban allí en su máximo esplendor; ningún libro de ilustraciones podría ser más colorido y hermoso. Gerda saltó de alegría y jugó hasta que el sol se puso detrás de los altos cerezos. Entonces le dieron una cama preciosa con edredones de seda roja, rellenos de violetas azules, y durmió y soñó allí tan deliciosamente como cualquier reina en su día de bodas.

Al día siguiente pudo jugar de nuevo con las flores bajo el cálido sol, y así pasaron muchos días. Gerda conocía cada flor, pero por muchas que hubiera, le parecía que faltaba una, aunque no sabía cuál. Un día, está sentada mirando el sombrero de sol de la anciana con las flores pintadas, y la más hermosa de todas era una rosa. La anciana había olvidado quitarla del sombrero cuando hizo desaparecer las otras en la tierra. ¡Pero así es cuando una no tiene la cabeza en lo que hace!

—¡Cómo! —dijo Gerda—. ¿No hay rosas aquí? —y saltó entre los arriates, buscó y buscó, pero no encontró ninguna. Entonces se sentó y lloró, pero sus cálidas lágrimas cayeron justo donde se había hundido un rosal, y cuando las cálidas lágrimas regaron la tierra, el árbol brotó de repente, tan floreciente como cuando se hundió, y Gerda lo abrazó, besó las rosas y pensó en las hermosas rosas de casa y, con ellas, en el pequeño Kay.

—¡Oh, cuánto me he retrasado! —dijo la niña—. ¡Tenía que encontrar a Kay! ¿No sabéis dónde está? —preguntó a las rosas—. ¿Creéis que ha muerto y se ha ido?

—No ha muerto —dijeron las rosas—. Hemos estado en la tierra, allí están todos los muertos, ¡pero Kay no estaba allí!

—¡Gracias! —dijo la pequeña Gerda, y fue hacia las otras flores, miró en sus cálices y preguntó—: ¿No sabéis dónde está el pequeño Kay?

Pero cada flor estaba al sol, soñando su propio cuento de hadas o historia, de los cuales la pequeña Gerda escuchó muchísimos, pero

ninguno sabía nada de Kay.

¿Y qué dijo el lirio de fuego?

—¿Oyes el tambor: bum, bum? Son solo dos tonos, siempre bum, bum. ¡Escucha el lamento de las mujeres! ¡Escucha el grito de los sacerdotes! —En su larga túnica roja, la mujer hindú está en la pira, las llamas se alzan a su alrededor y de su marido muerto; pero la mujer hindú piensa en el vivo aquí en el círculo, aquel cuyos ojos arden más que las llamas, aquel cuyo fuego en los ojos llega a su corazón más que las llamas que pronto convertirán su cuerpo en cenizas. ¿Puede la llama del corazón morir en las llamas de la pira?

—¡No entiendo nada de eso! —dijo la pequeña Gerda.

—¡Ese es mi cuento! —dijo el lirio de fuego.

¿Qué dice la campanilla?

—Sobre el estrecho camino de montaña cuelga un viejo castillo de caballeros; la densa hiedra crece sobre los viejos muros rojos, hoja tras hoja, alrededor del balcón, y allí está una hermosa muchacha; se inclina sobre la barandilla y mira hacia el camino. Ninguna rosa cuelga más fresca de las ramas que ella, ninguna flor de manzano, cuando el viento la arranca del árbol, es más etérea que ella; ¡cómo cruje el espléndido vestido de seda! '¿No viene todavía?'

—¿Te refieres a Kay? —preguntó la pequeña Gerda.

—Solo hablo de mi cuento, de mi sueño —respondió la campanilla.

¿Qué dice la pequeña campanilla de invierno?

—Entre los árboles cuelga de cuerdas una larga tabla, es un columpio; dos niñas encantadoras —sus vestidos son blancos como la nieve, largas cintas de seda verde ondean en sus sombreros— se sientan y se columpian; el hermano, que es mayor que ellas, está de pie en el columpio, tiene el brazo alrededor de la cuerda para sujetarse, pues en una mano tiene un pequeño cuenco, y en la otra una pipa de arcilla, sopla burbujas de jabón; el columpio se mueve, y las burbujas vuelan con hermosos colores cambiantes; la última

todavía cuelga del tallo de la pipa y se dobla con el viento; el columpio se mueve. El perrito negro, ligero como las burbujas, se levanta sobre las patas traseras y quiere subirse al columpio, vuela; el perro cae, ladra y se enfada; se le burla, las burbujas estallan — ¡Una tabla que se columpia, una imagen de espuma que salta es mi canción!

—Puede que sea bonito lo que cuentas, pero lo dices de una manera tan triste y no mencionas a Kay para nada. ¿Qué dicen los jacintos?

—Había tres hermanas hermosas, tan transparentes y finas; el vestido de una era rojo, el de la otra azul, el de la tercera completamente blanco; de la mano bailaban junto al lago tranquilo bajo la clara luz de la luna. No eran elfas, eran niñas humanas. Olía tan dulce, y las niñas desaparecieron en el bosque; el aroma se hizo más fuerte; —tres ataúdes, en ellos yacían las hermosas niñas, se deslizaron desde la espesura del bosque sobre el lago; luciérnagas volaban brillando alrededor, como pequeñas luces flotantes. ¿Duermen las niñas danzantes, o están muertas? —El aroma de las flores dice que son cadáveres; ¡la campana de la tarde suena por los muertos!

—Me pones muy triste —dijo la pequeña Gerda—. Hueles tan fuerte; tengo que pensar en las niñas muertas. ¡Ay, ¿estará realmente muerto el pequeño Kay? Las rosas han estado bajo tierra, ¡y dicen que no!

—¡Ding, dang! —sonaron las campanas del jacinto—. No sonamos por el pequeño Kay, ¡no lo conocemos! ¡Solo cantamos nuestra canción, la única que sabemos!

Y Gerda fue hacia el ranúnculo, que brillaba entre las relucientes hojas verdes.

—¡Eres un pequeño sol claro! —dijo Gerda—. Dime, ¿sabes dónde encontrar a mi compañero de juegos?

Y el ranúnculo brilló tan hermosamente y miró a Gerda de nuevo. ¿Qué canción podría cantar el ranúnculo? Tampoco era sobre Kay.

—En un pequeño patio, el sol de nuestro Señor brilló tan cálido el primer día de primavera; los rayos se deslizaron por la pared blanca del vecino, cerca crecieron las primeras flores amarillas, oro brillante bajo los cálidos rayos del sol; la anciana abuela estaba fuera en su silla, la nieta, la pobre y hermosa sirvienta, vino a casa para una breve visita; besó a la abuela. Era oro, el oro del corazón en ese bendito beso. ¡Oro en la boca, oro en el fondo, oro allá arriba en la madrugada! ¡Mira, esa es mi pequeña historia! —dijo el ranúnculo.

—¡Mi pobre y vieja abuela! —suspiró Gerda—. Sí, seguro que me echa de menos, está triste por mí, igual que lo estaba por el pequeño Kay. Pero pronto volveré a casa, y traeré a Kay conmigo. —No sirve de nada que pregunte a las flores, solo saben su propia canción, ino me dan ninguna respuesta! —y entonces se ató el vestidito para poder correr más rápido; pero el narciso le golpeó la pierna mientras saltaba sobre él; entonces se detuvo, miró la larga flor amarilla y preguntó—: ¿Acaso sabes algo? —y se inclinó hasta el narciso. ¿Y qué dijo este?

—¡Puedo verme a mí mismo! ¡Puedo verme a mí mismo! —dijo el narciso—. ¡Oh, oh, cómo huelo! —Arriba, en la pequeña buhardilla, medio vestida, está una pequeña bailarina, se apoya ora en una pierna, ora en dos, pateando al mundo entero, es solo un espejismo. Vierte agua de la tetera sobre un trozo de tela que sostiene, es el corsé; —¡la limpieza es algo bueno! El vestido blanco cuelga del gancho, también ha sido lavado en la tetera y secado en el tejado; se lo pone, el pañuelo azafranado al cuello, así el vestido brilla más blanco. ¡La pierna en alto! ¡Mira cómo se yergue sobre un solo tallo! ¡Puedo verme a mí mismo! ¡Puedo verme a mí mismo!

—¡Eso no me importa en absoluto! —dijo Gerda—. ¡Eso no es nada que contarme! —y corrió hasta el borde del jardín.

La puerta estaba cerrada, pero forcejeó con el pestillo oxidado hasta que se soltó, la puerta se abrió de golpe, y la pequeña Gerda salió corriendo descalza al vasto mundo. Miró hacia atrás tres veces, pero nadie la seguía; finalmente no pudo correr más y se sentó en una gran piedra, y cuando miró a su alrededor, el verano había

terminado, era finales de otoño, algo que no se notaba en absoluto dentro del hermoso jardín, donde siempre había sol y flores de todas las estaciones.

—¡Dios mío, cuánto me he entretenido! —dijo la pequeña Gerda—. ¡Ya es otoño! ¡No me atrevo a descansar! —y se levantó para marcharse.

¡Oh, qué doloridos y cansados estaban sus piecitos, y todo alrededor parecía frío y crudo! Las largas hojas de los sauces estaban completamente amarillas y la niebla goteaba en agua de ellas, una hoja caía tras otra, solo el endrino permanecía con su fruto, tan agrio que fruncía la boca. ¡Oh, qué gris y pesado era el vasto mundo!

CUARTA HISTORIA: PRÍNCIPE Y PRINCESA.

Gerda tuvo que descansar de nuevo; entonces, sobre la nieve, justo enfrente de donde estaba sentada, saltó un gran cuervo. Había estado posado allí un buen rato, observándola y moviendo la cabeza; ahora dijo: "¡Cra, cra! —¡Buen día, buen día!". No podía decirlo mejor, pero tenía buenas intenciones con la niña y le preguntó adónde iba tan sola por el vasto mundo. La palabra sola la entendió Gerda muy bien y sintió todo su peso, así que le contó al cuervo toda su vida y le preguntó si no había visto a Kay.

Y el cuervo asintió pensativo y dijo: "¡Podría ser! ¡Podría ser!".

—¡Cómo! ¿Tú crees? —exclamó la niña y casi aplasta al cuervo de tanto besarlo.

—¡Con calma, con calma! —dijo el cuervo—. Creo que lo sé... creo que podría ser el pequeño Kay. ¡Pero ahora seguro que te ha olvidado por la princesa!

—¿Vive con una princesa? —preguntó Gerda.

—¡Sí, escucha! —dijo el cuervo—, pero me cuesta mucho hablar tu idioma. Si entiendes el lenguaje de los cuervos, ¡te lo contaré mejor!

—No, no lo he aprendido —dijo Gerda—, pero mi abuela sí que lo sabía, y también sabía hablar en "P". ¡Ojalá lo hubiera aprendido!

—¡No importa! —dijo el cuervo—, te lo contaré lo mejor que pueda, pero saldrá mal de todos modos —y entonces le contó lo que sabía.

—En este reino donde ahora estamos, vive una princesa que es inmensamente inteligente, pero también ha leído todos los periódicos que existen en el mundo y los ha vuelto a olvidar, así de lista es. El otro día estaba sentada en el trono, y eso no es tan divertido, según dicen, cuando se puso a tararear una canción, que era precisamente esta: '¿Por qué no debería casarme?'. 'Oye, eso tiene sentido', se dijo, y entonces quiso casarse, pero quería un marido que supiera responder cuando le hablaban, uno que no se quedara ahí parado con aspecto distinguido, porque eso es muy aburrido. Así que hizo que todas las damas de la corte se reunieran, y cuando oyeron lo que quería, se pusieron muy contentas. '¡Me gusta la idea!', decían, '¡eso mismo pensé yo el otro día!'. ¡Puedes creer que cada palabra que digo es verdad! —dijo el cuervo—. ¡Tengo una novia domesticada que anda libre por el palacio y me lo ha contado todo!

Por supuesto, su novia también era un cuervo, porque cuervo busca a cuervo, y siempre es un cuervo.

—Los periódicos salieron enseguida con un borde de corazones y el monograma de la princesa; se podía leer que cualquier joven apuesto tenía la libertad de subir al palacio y hablar con la princesa, y aquel que hablara de tal manera que se notara que estaba en su casa, y hablara mejor, a ese lo tomaría la princesa por marido. ¡Sí, sí! —dijo el cuervo—. Puedes creerme, es tan cierto como que estoy aquí sentado, la gente acudió en masa, había una multitud y un correteo, pero no tuvieron éxito, ni el primer día ni el segundo. Todos sabían hablar muy bien cuando estaban en la calle, pero cuando entraban por la puerta del palacio y veían a la guardia en plata, y subiendo las escaleras a los lacayos en oro y los grandes salones iluminados, se quedaban atónitos. Y cuando estaban frente al trono donde se sentaba la princesa, no sabían decir más que la última palabra que ella había dicho, y a ella no le interesaba oírla de nuevo. Era como si la gente allí dentro hubiera recibido un rapé en el estómago y hubiera caído en un letargo, hasta que salían de nuevo a la calle, y entonces sí que podían hablar. Había una fila desde la puerta de la ciudad hasta el palacio. ¡Yo mismo estuve dentro para

verlo! —dijo el cuervo—. Pasaron hambre y sed, pero del palacio no recibieron ni siquiera un vaso de agua tibia. Es cierto que algunos de los más listos habían traído bocadillos, pero no los compartieron con su vecino, pensaban: "que parezca hambriento, así la princesa no lo elegirá".

—Pero Kay, ¡el pequeño Kay! —preguntó Gerda—. ¿Cuándo llegó? ¿Estaba entre la multitud?

—¡Paciencia, paciencia! ¡Ya casi llegamos a él! Fue al tercer día cuando apareció una personita, sin caballo ni carroza, marchando con decisión directamente hacia el palacio; sus ojos brillaban como los tuyos, tenía un hermoso cabello largo, pero por lo demás, ropas pobres.

—¡Era Kay! —exclamó Gerda, llena de júbilo—. ¡Oh, entonces lo he encontrado! —y aplaudió.

—¡Llevaba una pequeña mochila a la espalda! —dijo el cuervo.

—¡No, seguro que era su trineo! —dijo Gerda—, ¡porque se fue con el trineo!

—¡Podría ser! —dijo el cuervo—, no me fijé mucho. Pero sé por mi novia domesticada que cuando entró por la puerta del palacio y vio a la guardia de corps en plata y, subiendo la escalera, a los lacayos en oro, no se inmutó en lo más mínimo, les hizo un gesto con la cabeza y les dijo: "Debe de ser aburrido estar en la escalera, ¡prefiero entrar!". Los salones resplandecían de luz; consejeros privados y excelencias caminaban descalzos y llevaban bandejas de oro; ¡uno podía sentirse ciertamente intimidado! Sus botas chirriaban terriblemente, ¡pero aun así no tuvo miedo!

—¡Seguro que es Kay! —dijo Gerda—. Sé que tenía botas nuevas, ¡las oí chirriar en el cuarto de la abuela!

—¡Sí que chirriaban! —dijo el cuervo—, y entró con decisión ante la princesa, que estaba sentada en una perla tan grande como una rueca; y todas las damas de la corte con sus doncellas y las doncellas de sus doncellas, y todos los caballeros con sus sirvientes

y los sirvientes de sus sirvientes, que tienen pajes, estaban de pie alrededor; y cuanto más cerca estaban de la puerta, más orgullosos parecían. El paje del sirviente del sirviente, que siempre va en zapatillas, es casi imposible de mirar, ¡tan orgulloso está en la puerta!

—¡Debe de ser terrible! —dijo la pequeña Gerda—. ¡Y aun así Kay consiguió a la princesa!

—Si no fuera un cuervo, la habría tomado yo, y eso que estoy prometido. Dicen que hablé tan bien como yo cuando hablo en lenguaje de cuervo, eso me lo ha dicho mi novia domesticada. Era audaz y encantador; no había venido en absoluto a pedir su mano, solo a escuchar la sabiduría de la princesa, y la encontró buena, ¡y ella también lo encontró bueno a él!

—¡Sí, seguro! ¡Era Kay! —dijo Gerda—. Era tan listo, ¡sabía hacer cálculo mental con fracciones! ¡Oh, ¿no me llevarás al palacio?!

—¡Fácil es decirlo! —dijo el cuervo—. ¿Pero cómo lo hacemos? Hablaré de ello con mi novia domesticada; ella seguramente nos podrá aconsejar; porque debo decirte que a una niña como tú nunca le permitirán entrar de forma oficial.

—¡Sí que lo haré! —dijo Gerda—. ¡Cuando Kay oiga que estoy aquí, saldrá enseguida a buscarme!

—¡Espérame junto a la cerca! —dijo el cuervo, movió la cabeza y se fue volando.

No fue hasta que oscureció que el cuervo regresó: "¡Rar! irar!", dijo. "¡Te traigo muchos saludos de ella! Y aquí tienes un panecillo para ti, lo cogió de la cocina, hay mucho pan y seguro que tienes hambre. No es posible que entres en el palacio, vas descalza; la guardia de plata y los lacayos de oro no lo permitirán; pero no llores, ya subirás. Mi novia conoce una pequeña escalera trasera que lleva al dormitorio, ¡y sabe dónde coger la llave!".

Y entraron en el jardín, en la gran avenida, donde las hojas caían una tras otra, y cuando las luces del palacio se apagaron una a una,

el cuervo guio a la pequeña Gerda hasta una puerta trasera que estaba entreabierta.

¡Oh, cómo latía el corazón de Gerda de angustia y anhelo! Era como si fuera a hacer algo malo, y solo quería saber si era el pequeño Kay; sí, tenía que ser él; pensaba tan vívidamente en sus ojos inteligentes, su largo cabello; podía ver claramente cómo sonreía, como cuando se sentaban en casa bajo las rosas. Seguro que se alegraría de verla, de oír el largo camino que había recorrido por él, de saber lo tristes que habían estado todos en casa cuando no volvió. ¡Oh, era un miedo y una alegría!

Ahora estaban en la escalera; una pequeña lámpara ardía en un armario; en medio del suelo estaba el cuervo domesticado, girando la cabeza a todos lados y observando a Gerda, que hizo una reverencia como le había enseñado su abuela.

—Mi prometido ha hablado muy bien de usted, mi pequeña señorita —dijo el cuervo domesticado—, su *vita*, como se dice, ¡es también muy conmovedora! —¿Quiere coger la lámpara? Yo iré delante. Vamos por el camino recto, ¡así no nos encontraremos con nadie!

—¡Me parece que alguien viene justo detrás! —dijo Gerda, y algo pasó zumbando a su lado; era como sombras en la pared, caballos con crines al viento y patas delgadas, jóvenes cazadores, señores y damas a caballo.

—¡Solo son los sueños! —dijo el cuervo—, vienen a buscar los pensamientos de sus altezas para la caza, es bueno, así podrá observarlos mejor en la cama. ¡Pero veamos, si llega usted a la honra y al mérito, que muestre entonces un corazón agradecido!

—¡De eso no hay ni que hablar! —dijo el cuervo del bosque.

Ahora entraron en el primer salón, era de raso rosado con flores artificiales en las paredes; aquí ya les pasaron zumbando los sueños, pero iban tan rápido que Gerda no pudo ver a las altas personalidades. Un salón era más espléndido que el otro; sí, uno podía quedarse asombrado, y ahora estaban en el dormitorio. El

techo aquí dentro parecía una gran palmera con hojas de cristal, un cristal precioso, y en medio del suelo colgaban de un grueso tallo de oro dos camas, cada una con aspecto de lirio: una era blanca, en ella yacía la princesa; la otra era roja, y en ella era donde Gerda debía buscar al pequeño Kay; apartó una de las hojas rojas y vio una nuca morena. —¡Oh, era Kay!— Gritó su nombre en voz alta, le acercó la lámpara —los sueños entraron a caballo en la habitación de nuevo— él se despertó, giró la cabeza y... no era el pequeño Kay.

El príncipe solo se le parecía en la nuca, pero era joven y apuesto. Y desde la cama de lirio blanco, la princesa asomó la cabeza y preguntó qué pasaba. Entonces, la pequeña Gerda lloró y contó toda su historia y todo lo que los cuervos habían hecho por ella.

—¡Pobrecita! —dijeron el príncipe y la princesa, y elogiaron a los cuervos y dijeron que no estaban enfadados con ellos en absoluto, pero que no debían volver a hacerlo. Mientras tanto, recibirían una recompensa.

—¿Queréis volar libres? —preguntó la princesa—, ¿o queréis un puesto fijo como cuervos de la corte con todo lo que sobra de la cocina?

Y ambos cuervos hicieron una reverencia y pidieron el puesto fijo; pues pensaban en su vejez y dijeron: "es tan bueno tener algo para la vejez", como ellos lo llaman.

Y el príncipe se levantó de su cama y dejó que Gerda durmiera en ella, y más no pudo hacer. Ella juntó sus manitas y pensó: "qué buenos son los humanos y los animales", y entonces cerró los ojos y durmió benditamente. Todos los sueños volvieron volando, y entonces parecían ángeles de Dios, y tiraban de un pequeño trineo, y en él se sentaba Kay y asentía; pero todo era solo un sueño, y por eso también desapareció tan pronto como se despertó.

Al día siguiente la vistieron de pies a cabeza con seda y terciopelo; le ofrecieron quedarse en el palacio y tener buenos días, pero ella solo pidió un pequeño carruaje con un caballo y un par de botitas, para poder salir de nuevo al vasto mundo y encontrar a Kay.

Y le dieron tanto botas como un manguito; la vistieron tan elegantemente, y cuando quiso partir, en la puerta esperaba una nueva carroza de oro puro; el escudo de armas del príncipe y la princesa brillaba en ella como una estrella; el cochero, los sirvientes y los postillones, pues también había postillones, iban vestidos con coronas de oro. El príncipe y la princesa la ayudaron a subir a la carroza y le desearon toda la suerte. El cuervo del bosque, que ahora se había casado, la acompañó las primeras tres millas; se sentó a su lado, pues no soportaba viajar de espaldas; el otro cuervo estaba en la puerta y batía las alas, no la acompañó, pues sufría de dolor de cabeza desde que había conseguido un puesto fijo y comía demasiado. Por dentro, la carroza estaba forrada de rosquillas de azúcar, y en el asiento había frutas y galletas de jengibre.

—¡Adiós! ¡adiós! —gritaron el príncipe y la princesa, y la pequeña Gerda lloró, y el cuervo lloró; —así pasaron las primeras millas; entonces el cuervo también se despidió, y fue la despedida más dura; voló a un árbol y batió sus alas negras mientras pudo ver la carroza, que brillaba como la clara luz del sol.

QUINTA HISTORIA: LA PEQUEÑA LADRONA.

Atravesaron el oscuro bosque, pero la carroza brillaba como una antorcha, lo que deslumbró a los ladrones; no podían soportarlo.

—¡Es oro! ¡Es oro! —gritaron, se abalanzaron, agarraron los caballos, mataron a los pequeños jinetes, al cochero y a los sirvientes, y sacaron a la pequeña Gerda del carruaje.

—¡Está gorda, es preciosa, ha sido engordada con nueces! —dijo la vieja ladrona, que tenía una barba larga y rala y cejas que le colgaban sobre los ojos—. ¡Es tan buena como un corderito cebado! ¡Vaya, qué rica va a estar! —y sacó su cuchillo brillante, y brillaba de una manera espantosa.

—¡Ay! —dijo la vieja justo en ese momento, siendo mordida en la oreja por su propia hijita, que colgaba de su espalda y era tan salvaje y traviesa que era un gusto verla—. ¡Mocosa odiosa! —dijo la madre, y no tuvo tiempo de matar a Gerda.

—¡Va a jugar conmigo! —dijo la pequeña ladrona—. ¡Me va a dar su manguito, su hermoso vestido, y dormirá conmigo en mi cama! —y entonces mordió de nuevo, haciendo que la vieja ladrona saltara en el aire y girara sobre sí misma, y todos los ladrones se rieron y dijeron: "¡Mirad cómo baila con su cría!".

—¡Quiero subirme a la carroza! —dijo la pequeña ladrona, y tenía que salirse con la suya, porque era muy mimada y terca. Ella y Gerda se sentaron dentro, y luego condujeron sobre tocones y espinos, adentrándose más en el bosque. La pequeña ladrona era tan grande como Gerda, pero más fuerte, de hombros más anchos y piel oscura; sus ojos eran completamente negros, parecían casi tristes. Abrazó a la pequeña Gerda por la cintura y dijo: —No te

matarán mientras no me enfade contigo. ¿Seguro que eres una princesa?

—No —dijo la pequeña Gerda, y le contó todo lo que había vivido y cuánto quería al pequeño Kay.

La ladronzuela la miró con mucha seriedad, asintió levemente con la cabeza y dijo: —No te matarán, incluso si me enfado contigo, iya lo haré yo misma! —y luego secó los ojos de Gerda y metió ambas manos en el hermoso manguito, que era tan suave y cálido.

Ahora la carroza se detuvo; estaban en medio del patio de un castillo de ladrones; estaba agrietado de arriba abajo, cuervos y cornejas salían volando de los agujeros abiertos, y los grandes mastines, que parecían capaces de tragarse a un hombre, saltaban en el aire, pero no ladraban, porque estaba prohibido.

En el gran salón viejo y lleno de hollín, ardía un gran fuego en medio del suelo de piedra; el humo se arrastraba bajo el techo y tenía que encontrar su propia salida; una gran caldera de cerveza hervía con sopa, y tanto liebres como conejos se asaban en el espetón.

—¡Esta noche dormirás conmigo aquí, con todos mis animalitos! —dijo la pequeña ladrona. Les dieron de comer y de beber y luego se fueron a un rincón donde había paja y mantas. Encima, en vigas y palos, había casi cien palomas, todas parecían dormir, pero se movieron un poco cuando llegaron las niñas.

—¡Son todas mías! —dijo la pequeña ladrona, y rápidamente agarró una de las más cercanas, la sujetó por las patas y la sacudió para que batiera las alas—. ¡Bésala! —gritó y golpeó a Gerda en la cara con ella—. ¡Ahí están sentados los granujas del bosque! —continuó, señalando detrás de una serie de barrotes que cubrían un agujero en la pared, en lo alto—. ¡Esos son granujas del bosque, esos dos! ¡Se escapan enseguida si no los tienes bien encerrados; y aquí está mi viejo amorcito Bæ! —y tiró por el cuerno a un reno, que tenía un brillante anillo de cobre alrededor del cuello y estaba atado—. ¡A él también tenemos que tenerlo bien sujeto, o se nos escapa!

¡Todas las santas noches le hago cosquillas en el cuello con mi cuchillo afilado, le da mucho miedo! —y la niña sacó un largo cuchillo de una grieta en la pared y lo deslizó por el cuello del reno; el pobre animal pateó, y la ladronzuela se rió y luego llevó a Gerda a la cama.

—¿Quieres dormir con el cuchillo? —preguntó Gerda, mirándolo con un poco de miedo.

—¡Siempre duermo con un cuchillo! —dijo la pequeña ladrona—. Nunca se sabe lo que puede pasar. Pero ahora cuéntame otra vez lo que me contaste antes sobre el pequeño Kay, y por qué has salido al vasto mundo. —Y Gerda contó desde el principio, y las palomas torcaces arrullaban arriba en su jaula, las otras palomas dormían. La pequeña ladrona rodeó el cuello de Gerda con su brazo, sostuvo el cuchillo en la otra mano y durmió tan profundamente que se la podía oír; pero Gerda no podía cerrar los ojos en absoluto, no sabía si iba a vivir o a morir. Los ladrones estaban sentados alrededor del fuego, cantando y bebiendo, y la vieja ladrona daba volteretas. ¡Oh, era algo espantoso de ver para la niña!

Entonces dijeron las palomas torcaces: "¡Kurrú, kurrú! Hemos visto al pequeño Kay. Una gallina blanca llevaba su trineo, él iba en el carruaje de la Reina de las Nieves, que volaba bajo sobre el bosque cuando estábamos en el nido; sopló sobre nosotros, los polluelos, y todos murieron excepto nosotros dos; ¡kurrú, kurrú!".

—¿Qué decís ahí arriba? —gritó Gerda—. ¿Adónde fue la Reina de las Nieves? ¿Sabéis algo de eso?

—Seguramente viajó a Laponia, ¡porque allí siempre hay nieve y hielo! Pregúntale al reno, que está atado con la cuerda.

—¡Allí hay hielo y nieve, es maravilloso y bueno! —dijo el reno—; ¡allí se puede correr libremente por los grandes valles resplandecientes! Allí tiene la Reina de las Nieves su tienda de verano, pero su castillo fijo está arriba, hacia el Polo Norte, en la isla que se llama Spitsbergen!

—¡Oh Kay, pequeño Kay! —suspiró Gerda.

—¡Ahora quédate quieta! —dijo la pequeña ladrona—, io te clavaré el cuchillo en la barriga!

Por la mañana, Gerda le contó todo lo que habían dicho las palomas torcaces, y la pequeña ladrona pareció muy seria, pero asintió con la cabeza y dijo: "¡Da igual! ¡Da igual! —¿Sabes dónde está Laponia? —le preguntó al reno.

—¿Quién podría saberlo mejor que yo? —dijo el animal, y sus ojos brillaron—. ¡Allí nací y me crié, allí he corrido por los campos de nieve!

—¡Escucha! —dijo la pequeña ladrona a Gerda—. Como ves, todos nuestros hombres se han ido, pero mamá todavía está aquí, y se quedará, pero por la mañana bebe de la botella grande y luego se echa una siestecita; —ientonces haré algo por ti! —Ahora saltó de la cama, se abalanzó sobre el cuello de su madre, le tiró de la perilla y dijo: "¡Mi dulce cabrito, buenos días!". Y la madre le dio un capirotazo en la nariz que se la puso roja y azul, pero todo era por puro cariño.

Cuando la madre hubo bebido de su botella y se echó una siestecita, la pequeña ladrona se acercó al reno y le dijo: "Me gustaría mucho hacerte cosquillas muchas veces más con el cuchillo afilado, porque te pones muy divertido, pero da igual, te soltaré la cuerda y te ayudaré a salir para que puedas correr a Laponia, pero tienes que correr con todas tus fuerzas y llevar a esta niña al castillo de la Reina de las Nieves, donde está su compañero de juegos. Seguro que has oído lo que ha contado, porque hablaba lo suficientemente alto, ¡y tú escuchas a escondidas!".

El reno saltó de alegría. La pequeña ladrona levantó a Gerda y tuvo la precaución de atarla bien, e incluso de darle un pequeño cojín para que se sentara. "Da igual", dijo ella, "ahí tienes tus botas de piel, porque hará frío, ¡pero el manguito me lo quedo, es demasiado bonito! De todos modos, no pasarás frío. Aquí tienes los grandes mitones de mi madre, te llegan hasta el codo; ¡pónelos! — ¡Ahora tus manos se parecen a las de mi asquerosa madre!".

Y Gerda lloró de alegría.

—¡No me gusta que te quejes! —dijo la pequeña ladrona—. ¡Ahora tienes que parecer contenta! Y ahí tienes dos panes y un jamón, para que no pases hambre. —Ambos fueron atados a la espalda del reno; la pequeña ladrona abrió la puerta, atrajo a todos los perros grandes hacia adentro, y luego cortó la cuerda con su cuchillo y le dijo al reno: "¡Corre ahora! ¡Pero cuida bien de la niña!".

Y Gerda extendió las manos, con los grandes mitones, hacia la pequeña ladrona y le dijo adiós, y entonces el reno salió disparado sobre arbustos y tocones, a través del gran bosque, sobre pantanos y estepas, tan rápido como pudo. Los lobos aullaban y los cuervos graznaban. "¡Fut! ifut!", se oía en el cielo. Era como si estornudara en rojo.

—¡Son mis viejas auroras boreales! —dijo el reno—, ¡mira cómo brillan! —y entonces corrió aún más deprisa, noche y día; se comieron los panes, el jamón también, y así llegaron a Laponia.

SEXTA HISTORIA: LA MUJER LAPONA Y LA MUJER FINLANDESA.

Se detuvieron junto a una casita; era tan miserable; el tejado llegaba hasta el suelo, y la puerta era tan baja que la familia tenía que arrastrarse sobre el vientre para salir o entrar. No había nadie en casa excepto una anciana lapona, que estaba friendo pescado junto a una lámpara de aceite de foca; y el reno le contó toda la historia de Gerda, pero primero la suya, porque le parecía que era mucho más importante, y Gerda estaba tan entumecida por el frío que no podía hablar.

—¡Ah, pobres desgraciados! —dijo la lapona—. ¡Todavía tenéis un largo camino por recorrer! ¡Tenéis que viajar más de cien millas hacia Finmarken, porque allí reside la Reina de las Nieves y enciende luces azules todas las santas noches. Escribiré unas palabras en un bacalao seco, no tengo papel, os lo daré para la mujer finlandesa de allí arriba, ella os puede dar mejores indicaciones que yo!

Y cuando Gerda se hubo calentado y hubo comido y bebido, la lapona escribió unas palabras en un bacalao seco, le pidió a Gerda que lo cuidara bien, la ató de nuevo firmemente al reno y este partió. "¡Fut! ¡Fut!", se oyó en el aire, durante toda la noche brillaron las más hermosas auroras boreales azules; —y así llegaron a Finmarken y llamaron a la chimenea de la mujer finlandesa, pues ni siquiera tenía puerta.

Hacía tanto calor allí dentro que la propia mujer finlandesa iba casi completamente desnuda; era pequeña y bastante sucia; enseguida le quitó la ropa a la pequeña Gerda, le quitó los mitones y las botas, porque de lo contrario habría tenido demasiado calor, le puso un

trozo de hielo en la cabeza al reno y luego leyó lo que estaba escrito en el bacalao; lo leyó tres veces, y entonces se lo supo de memoria y metió el pescado en la olla, porque se podía comer, y ella nunca desperdiciaba nada.

Ahora el reno contó primero su historia, luego la de la pequeña Gerda, y la mujer finlandesa parpadeó con sus ojos sabios, pero no dijo nada.

—Eres tan sabia —dijo el reno—; sé que puedes atar todos los vientos del mundo en un hilo de coser; cuando el capitán desata un nudo, consigue buen viento, si desata el segundo, sopla con fuerza, y si desata el tercero y el cuarto, hay tal tormenta que los bosques se caen. ¿No le darás a la niña una poción para que tenga la fuerza de doce hombres y venza a la Reina de las Nieves?

—La fuerza de doce hombres —dijo la mujer finlandesa—, isí, eso será suficiente! —y fue a un estante, tomó un gran cuero enrollado y lo desenrolló; había letras extrañas escritas en él, y la mujer finlandesa leyó de tal manera que el agua le caía a chorros por la frente.

Pero el reno volvió a suplicar tanto por la pequeña Gerda, y Gerda miró con ojos tan suplicantes, llenos de lágrimas, a la mujer finlandesa, que esta comenzó de nuevo a parpadear y llevó al reno a un rincón, donde le susurró, mientras le ponía hielo fresco en la cabeza:

—El pequeño Kay está realmente con la Reina de las Nieves y encuentra todo allí a su gusto y antojo y cree que es la mejor parte del mundo, pero eso es porque se le ha metido un trozo de cristal en el corazón y un granito de cristal en el ojo; primero hay que sacarlos, de lo contrario nunca se convertirá en un ser humano, iy la Reina de las Nieves mantendrá su poder sobre él!

—Pero, ¿no puedes darle algo a la pequeña Gerda para que tenga poder sobre todo ello?

—¡No puedo darle más poder del que ya tiene! ¿No ves lo grande que es? ¿No ves cómo los humanos y los animales tienen que

servirla, cómo ha llegado tan lejos en el mundo con los pies descalzos? No debe saber por nosotros de su poder, reside en su corazón, reside en que es una niña dulce e inocente. Si ella misma no puede entrar donde la Reina de las Nieves y sacarle el cristal al pequeño Kay, ¡entonces nosotros no podemos ayudar! A dos millas de aquí comienza el jardín de la Reina de las Nieves, hasta allí puedes llevar a la niña; déjala junto al gran arbusto que tiene bayas rojas en la nieve, no te entretengas con chismes de comadres y ¡date prisa en volver aquí! —Y entonces la mujer finlandesa levantó a la pequeña Gerda sobre el reno, que corrió todo lo que pudo.

—¡Oh, no cogí mis botas! ¡No cogí mis mitones! —gritó la pequeña Gerda, lo notó en el frío punzante, pero el reno no se atrevió a detenerse, corrió hasta llegar al gran arbusto con las bayas rojas; allí dejó a Gerda, la besó en la boca, y grandes y brillantes lágrimas corrieron por las mejillas del animal, y luego corrió, todo lo que pudo, de vuelta. Allí estaba la pobre Gerda sin zapatos, sin guantes, en medio de la terrible y helada Finmarken.

Corrió hacia adelante tan rápido como pudo; entonces llegó todo un regimiento de copos de nieve; pero no caían del cielo, que estaba completamente despejado y brillaba con la aurora boreal; los copos de nieve corrían a ras de tierra, y cuanto más se acercaban, más grandes se hacían; Gerda recordaba bien lo grandes y artísticos que le habían parecido cuando vio los copos de nieve a través de la lupa, pero aquí eran realmente diferentes, grandes y terribles, estaban vivos, eran los puestos de avanzada de la Reina de las Nieves; tenían las formas más extrañas; algunos parecían erizos grandes y horribles, otros, nudos enteros de serpientes que asomaban la cabeza, y otros, pequeños osos gordos con el pelo erizado, todos de un blanco resplandeciente, todos eran copos de nieve vivos.

Entonces la pequeña Gerda rezó su Padrenuestro, y el frío era tan intenso que podía ver su propio aliento; como un denso humo salía de su boca; el aliento se hizo más y más denso y se transformó en pequeños ángeles claros, que crecían más y más al tocar la tierra; y todos llevaban casco en la cabeza y lanzas y escudos en las manos;

se volvieron más y más numerosos, y cuando Gerda terminó su Padrenuestro, había toda una legión a su alrededor; golpearon con sus lanzas a los horribles copos de nieve, que saltaron en cien pedazos, y la pequeña Gerda avanzó completamente segura y animosa. Los ángeles le acariciaron los pies y las manos, y entonces sintió menos el frío y avanzó rápidamente hacia el castillo de la Reina de las Nieves.

Pero ahora veamos primero cómo está Kay. Realmente no pensaba en la pequeña Gerda, y mucho menos en que ella estaba fuera del castillo.

SÉPTIMA HISTORIA: LO QUE OCURRIÓ EN EL CASTILLO DE LA REINA DE LAS NIEVES Y LO QUE SUCEDIÓ DESPUÉS.

Las paredes del castillo eran de nieve acumulada por el viento y las ventanas y puertas de vientos cortantes; había más de cien salas, todas formadas por la ventisca, la más grande se extendía por muchas millas, todas iluminadas por la intensa aurora boreal, y eran tan grandes, tan vacías, tan heladoramente frías y tan brillantes. Nunca había alegría aquí, ni siquiera un pequeño baile de osos, donde la tormenta pudiera soplar y los osos polares caminar sobre sus patas traseras y mostrar buenos modales; nunca una pequeña partida de cartas con palmaditas y cachetes; nunca una pequeña reunión de café de las zorras blancas; vacío, grande y frío era en las salas de la Reina de las Nieves. Las auroras boreales ardían con tal precisión que se podía contar cuándo estaban en su punto más alto y cuándo en el más bajo. En medio de esa sala de nieve vacía e infinita había un lago helado; estaba agrietado en mil pedazos, pero cada pieza era tan exactamente igual a la otra que era toda una obra de arte; y en medio de él se sentaba la Reina de las Nieves cuando estaba en casa, y entonces decía que se sentaba en el Espejo de la Razón, y que era el único y el mejor de este mundo.

El pequeño Kay estaba completamente azul de frío, casi negro, pero no lo notaba, pues ella le había quitado el escalofrío con un beso, y su corazón era como un trozo de hielo. Andaba arrastrando unos trozos de hielo afilados y planos, que colocaba de todas las maneras posibles, pues quería sacar algo de ellos; era como cuando nosotros tenemos pequeñas tablillas de madera y las colocamos en figuras, lo que se llama el juego chino. Kay también iba colocando figuras, las más ingeniosas, era el Juego de Hielo de la Razón; para

sus ojos, las figuras eran absolutamente extraordinarias y de la más alta importancia; ideo lo hacía el grano de cristal que tenía en el ojo! Colocaba figuras enteras que eran una palabra escrita, pero nunca podía encontrar la manera de colocar la palabra que él quería, la palabra: Eternidad, y la Reina de las Nieves había dicho: "Si puedes descifrarme esa figura, serás tu propio amo, y te regalaré el mundo entero y un par de patines nuevos". Pero no podía.

—¡Ahora me voy volando a los países cálidos! —dijo la Reina de las Nieves—. ¡Voy a echar un vistazo a las ollas negras! —Eran las montañas que escupen fuego, el Etna y el Vesubio, como se les llama—. ¡Voy a blanquearlas un poco! Es parte del trabajo; ¡sienta bien después de los limones y las uvas! —y entonces la Reina de las Nieves se fue volando, y Kay se quedó completamente solo en la sala de hielo vacía de muchas millas, mirando los trozos de hielo y pensando y pensando, tanto que le crujía la cabeza; estaba sentado, completamente rígido y quieto, se podría creer que se había congelado hasta morir.

Fue entonces cuando la pequeña Gerda entró en el castillo por la gran puerta, que era de vientos cortantes; pero rezó una oración vespertina, y los vientos se calmaron como si quisieran dormir, y ella entró en las grandes, vacías y frías salas —entonces vio a Kay, lo reconoció, voló a su cuello, lo abrazó con fuerza y gritó:— ¡Kay! ¡dulce y pequeño Kay! ¡Por fin te he encontrado!

Pero él permaneció completamente inmóvil, rígido y frío; — entonces la pequeña Gerda lloró cálidas lágrimas, cayeron sobre su pecho, penetraron en su corazón, descongelaron el trozo de hielo y consumieron el pequeño fragmento de espejo que había dentro; él la miró y ella cantó el salmo:

«Las rosas crecen en los valles,
allí con el Niño Jesús conversamos.»

Entonces Kay rompió a llorar; lloró tanto que el grano del espejo rodó fuera de sus ojos, la reconoció y exclamó jubiloso: —¡Gerda! ¡dulce y pequeña Gerda! —¿Dónde has estado tanto tiempo? ¿Y

dónde he estado yo? —Y miró a su alrededor—. ¡Qué frío hace aquí! ¡Qué vacío y grande es esto! —y se aferró a Gerda, y ella rió y lloró de alegría; fue tan bendito, que hasta los trozos de hielo danzaron de alegría alrededor y, cuando se cansaron y se tumbaron, formaron precisamente las letras que la Reina de las Nieves le había dicho que debía descifrar, así que era su propio amo, y ella le daría el mundo entero y un par de patines nuevos.

Y Gerda besó sus mejillas, y florecieron; besó sus ojos, y brillaron como los de ella; besó sus manos y pies, y él estaba sano y fuerte. La Reina de las Nieves podía volver a casa cuando quisiera: su carta de libertad estaba escrita allí con brillantes trozos de hielo.

Y se tomaron de la mano y salieron del gran castillo; hablaron de la abuela y de las rosas del tejado; y por donde caminaban, los vientos estaban completamente quietos y el sol irrumpía; y cuando llegaron al arbusto con las bayas rojas, el reno estaba allí esperando; tenía consigo otro reno joven, cuyo ubre estaba llena, y les dio a los pequeños su leche caliente y los besó en la boca. Luego llevaron a Kay y Gerda primero a la casa de la mujer finlandesa, donde se calentaron en la cálida habitación y recibieron instrucciones para el viaje de regreso, y luego a la casa de la mujer lapona, que les había cosido ropa nueva y preparado su trineo.

Y el reno y el joven reno saltaron a su lado y los acompañaron hasta la frontera del país, donde brotaba el primer verdor; allí se despidieron del reno y de la mujer lapona. "¡Adiós!", dijeron todos. Y los primeros pajarillos comenzaron a piar, el bosque tenía brotes verdes, y de él salió cabalgando en un magnífico caballo, que Gerda reconoció (había estado enganchado a la carroza de oro), una joven con un brillante gorro rojo en la cabeza y pistolas delante; era la pequeña ladrona, que estaba aburrida de estar en casa y ahora quería ir primero al norte y luego por otro camino, si no quedaba satisfecha. Reconoció enseguida a Gerda, y Gerda la reconoció a ella, fue una alegría.

—¡Eres un tipo curioso para andar vagando! —le dijo al pequeño Kay—; ¡me pregunto si mereces que una corra hasta el fin del

mundo por tu culpa!

Pero Gerda le acarició la mejilla y le preguntó por el príncipe y la princesa.

—¡Se han ido a países extranjeros! —dijo la pequeña ladrona.

—¿Pero el cuervo? —preguntó la pequeña Gerda.

—¡Sí, el cuervo ha muerto! —respondió ella—. La novia domesticada se ha quedado viuda y lleva un trozo de lana negra atado a la pata; se queja lastimosamente y todo es un disparate! — Pero ahora cuéntame cómo te ha ido y cómo lo encontraste.

Y Gerda y Kay lo contaron todo.

—¡Y snip-snap-snurre-basselurre! —dijo la pequeña ladrona, los tomó a ambos de la mano y prometió que si alguna vez pasaba por su ciudad, subiría a visitarlos, y luego cabalgó hacia el vasto mundo, pero Kay y Gerda caminaron de la mano, y mientras caminaban, era una hermosa primavera con flores y verdor; las campanas de la iglesia sonaron, y reconocieron las altas torres, la gran ciudad, era en la que vivían, y entraron en ella y se dirigieron a la puerta de la abuela, subieron la escalera, entraron en la habitación, donde todo estaba en el mismo lugar que antes, y el reloj decía: "itic! itac!" y la manecilla giraba; pero al cruzar la puerta, se dieron cuenta de que se habían convertido en adultos. Las rosas del canalón florecían a través de las ventanas abiertas, y allí estaban las pequeñas sillas de niño, y Kay y Gerda se sentaron cada uno en la suya y se tomaron de las manos, habían olvidado como un pesado sueño la fría y vacía magnificencia de la Reina de las Nieves. La abuela estaba sentada bajo la clara luz del sol de Dios y leía en voz alta de la Biblia: "si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de Dios".

Y Kay y Gerda se miraron a los ojos, y de repente comprendieron el viejo salmo:

«Las rosas crecen en los valles,
allí con el Niño Jesús conversamos.»

Allí estaban sentados ambos, adultos y sin embargo niños, niños de corazón, y era verano, el cálido y bendito verano.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB